

# Perdida



AMIGOS  
DE LETRAS  
PARA VOLAR

Jacques Fijalkow  
Ilustraciones de Leticia Téllez



Ricardo Villanueva Lomelí  
**Rector General**

Héctor Raúl Solís Gadea  
**Vicerrector Ejecutivo**

Guillermo Arturo Gómez Mata  
**Secretario General**

Carlos Iván Moreno Arellano  
**Coordinadora General Académica**

Patricia Rosas Chávez  
**Directora de Letras para Volar**

Sayri Karp Mitastein  
**Directora de la Editorial**



**Primera edición electrónica, 2019**

**Texto**

© Jacques Fijalkow

**Ilustraciones**

© Leticia Téllez

**D.R. © 2019, Universidad de Guadalajara**



José Bonifacio Andrada 2679  
Colonia Lomas de Guevara  
44657, Guadalajara, Jalisco

**www.editorial.udg.mx**  
**01 800 UDG LIBRO**

**ISBN 978 607 547 689 6**



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

**Noviembre de 2019**

Hecho en México / Made in Mexico

Autorizado para su distribución gratuita. Prohibida su venta.

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

# **Perdida**

**Jacques Fijalkow**  
Ilustraciones de Leticia Téllez



# Perdida

Jacques Fijalkow  
Ilustraciones de Leticia Téllez

## Presentación

Letras para Volar trabaja con niños, niñas y adolescentes de primarias y secundarias públicas localizadas en zonas económicamente desfavorecidas. Cada semana, prestadores de servicio social de la Universidad de Guadalajara acuden a diferentes escuelas, casas-hogar, hospitales civiles y espacios públicos como plazas, bibliotecas y ferias del libro para servir a la comunidad a través de estrategias que promueven el amor por las letras, la ciencia y la cultura.

Esta colección de cuentos especialmente dedicada a los niños, niñas y adolescentes, es posible gracias a la generosidad de diversas personas que contribuyeron con su asesoría y colaboración desinteresada. Les expreso nuestro agradecimiento por esta sensible contribución, con el deseo de que estas palabras vuelen junto con los sueños y aprendizajes de la niñez y juventud mexicanas.

¡Que ningún niño y ninguna niña se quede sin leer!

**S**arah no tenía padre y como su madre no podía ocuparse de ella y ganarse la vida a la vez, la había confiado a una señora que la cuidaba junto con otros niños.

Era una bonita niña de tres años, alta, de miembros delicados, de largo cabello negro, hábilmente dividido por una raya en medio. Sus ojos azules estaban llenos de luz.

Permanecía bien derecha y su falda de colores claros rematada con volantes le sentaba maravillosamente. Una auténtica muñeca.

Había venido al hotel con la señora que la cuidaba, y se aburría mientras los adultos hablaban entre ellos en el vestíbulo, como les gustaba hacerlo, sin preocuparse de los niños que los acompañaban y que esperaban impacientes.

El grupito que discutía acaloradamente se había alejado un poco de la recepción, estando ahora muy cerca del ascensor. Sarah, harta de no hacer nada, miraba a su alrededor, pero no había nada interesante. Adultos llegaban con maletas y otros adultos se iban con otras maletas. Realmente, ¡nada interesante!





Fue entonces cuando se abrió la puerta del ascensor. Estaba vacío. La pequeña cabina cuadrada con su alfombra roja, con su espejo reluciente y sus cobres centelleantes, llamaba su atención y Sarah, dando un paso adelante, entró como una muñeca entra en su caja.

Nadie se dio cuenta.





Luego el ascensor se movió.

Sarah nunca había estado en un ascensor y sintió una deliciosa sensación cuando esa rara caja acolchada empezó a subir pisos. Era como un columpio, pero aún mejor porque daba la sensación de ser aspirada hacia el cielo y además funcionaba solo, sin que hubiera que hacer nada. Era suave y cómodo y además se oía música. Sarah sonrió suavemente, un poco encantada por la máquina que subía ronroneando. Repentinamente, de golpe, el ascensor paró y la puerta se abrió.

Sarah, extrañada, echó un vistazo afuera y decidió salir para ver de cerca lo que había. Un señor esperaba junto a la puerta del ascensor. Sorprendido de ver a esa niñita sola, le dijo:

—¿A dónde vas?

No le contestó. Entonces le volvió a preguntar:

—¿A dónde vas?

Como seguía sin contestar, entró en el ascensor, apretó un botón, la puerta se cerró y el ascensor marchó de nuevo hacia abajo, haciendo el ruido de un gran animal que cuchichea.

Ahora Sarah se quedó sola. Totalmente sola, dueña de actuar a su gusto. Miró a su alrededor y vio un largo, largo pasillo que se extendía por ambas partes. No había nadie y eso no era muy tranquilizador, pero la alfombra que tapaba el suelo, las paredes tapizadas, los cuadros y las puertas que se veían por todas partes hasta perderse de vista, indicaban que se encontraba en una casa y que por lo tanto no había que alarmarse. Sarah, a pesar de todo, estaba sorprendida por lo que veía. En el fondo, parecía una casa pero no era una casa porque era demasiado larga y tenía demasiadas puertas.



No sabía por dónde ir porque, mirara a donde mirara, todo era parecido. Se sentía libre, muy libre, libre como nunca se había sentido. Se sentía igual que aquel día de fiesta en que, por jugar, la habían dejado beber el fondo de un vaso de vino: acabó un poco borracha, con la cabeza dándole vueltas. Le parecía que estaba en un sueño, pero sabía perfectamente que no se trataba de un sueño.

Anduvo un poco para alejarse del ascensor, miró a la alfombra y entonces se dio cuenta de que el dibujo que recubría el suelo, desde una pared a la otra y desde un extremo del pasillo hasta el otro, se componía de figuras geométricas —cuadrados, semicírculos, rectángulos— que se repetían regularmente, sin fin. Este dibujo le recordaba el que los niños trazan con una tiza en la acera o en el patio de recreo de la escuela para jugar a la rayuela.

Miró atentamente a la alfombra un momentito, luego empezó a saltar con un pie, con el otro, posó los dos pies sobre dos figuras diferentes, dio media vuelta y volvió hacia atrás.

Se sentía como un pájaro, ligera como el aire, además era agradable ya que el contacto de la alfombra bajo sus pies era suave. Pero el dibujo no valía y, además, no había compañeras con ella para jugar por turnos. Entonces se paró y empezó a mirar a su alrededor. Nadie a la vista.

Recuperó el aliento, respiró profundamente y se arriesgó a ir un poco más lejos del ascensor. Andaba un momento, lentamente, sola en el gran pasillo alumbrado solo por la luz eléctrica de unos focos luminosos insertados en el techo. Paró delante de una puerta. No había nada escrito en ella. Tenía un picaporte, pero estaba demasiado alto para que lo pudiera agarrar. Además, esta perilla redonda era demasiado grande para su manita.









Atravesó el pasillo para mirar la puerta de enfrente. Era semejante a las otras y sin ningún signo distintivo. Y no se oía nada. Ningún ruido. Resultaba extraño. Esto empezaba a ser un poco inquietante.

De repente, más lejos en el pasillo, se abrió una puerta y apareció una pareja. Sarah tuvo tiempo de ver que el hombre llevaba un bonito traje gris, una camisa blanca y una corbata azul, y que sus zapatos estaban impecablemente lustrados. La señora que andaba a su lado era tan elegante como él, con un vestido de frufú y zapatos de tacón alto. Los dos estaban muy guapos, vestidos como para asistir a una ceremonia. Tenían edad de ser padres.

La mujer cogió el brazo del señor y se dirigieron rápidamente hacia el ascensor.

Sarah estaba parada en el centro del pasillo y los miraba venir hacia ella. Esperaba que le dijeran algo, pero el hombre pasó ante ella viendo fijamente hacia adelante, sin mirarla, mientras que la mujer le echaba un rápido vistazo siguiendo su camino. Se dirigieron hacia el ascensor y desaparecieron rápidamente.

Sarah, un poco contrariada, permaneció inmóvil sin saber qué hacer. Qué raro, normalmente la gente tiene siempre una pequeña palabra amable o un gesto hacia mí, se dijo, pero hoy nada. Sin duda tenían mucha prisa, pensó, y los olvidó.

¿Qué hacer? Se dio cuenta entonces de que había un cuadro colgado en la pared entre cada puerta.

Para matar el o pasar el tiempo, miró los que se encontraban en el lado más cercano. Eran fotografías de paisajes, sacadas a la orilla del mar o en el monte. Eran bonitas, pero se cansó rápidamente. Era un poco monótono a la larga. Pasó al otro lado del pasillo: era parecido.

¡Solo paisajes! Qué tontería, qué locura, pero un niño no habla así, los adultos no piensan nunca más que en ellos: ¿por qué ponen siempre fotos de cosas que no interesan a los niños? Empezaba a hacérsele el tiempo largo.

Entonces vio a un gato. ¿De dónde salió? Lo llamó, “Gatito, gatito”, pero el gato bordeaba la pared y, como hizo ademán de acercarse andando detrás de él, se puso a correr y desapareció allá, en el fondo del pasillo.



—¡Qué tonto —se dijo—, solo pensaba acariciarlo!

Al momento, detrás de ella, se abrió una puerta y salió una señora.





Era una persona mayor que la pareja que acababa de pasar. Más bien tenía la edad de una abuela, arrastraba una maleta con ruedas y parecía tener prisa también, pero cuando vio a la niña sola en el pasillo y que levantaba los ojos hacia ella, se paró y le preguntó:

—¿Estás sola?

—Sí.

—¿Dónde están tus padres?

—No lo sé.

—¿Cómo te llamas?

—Sarah.

—¿Sarah cómo?

—No lo sé.

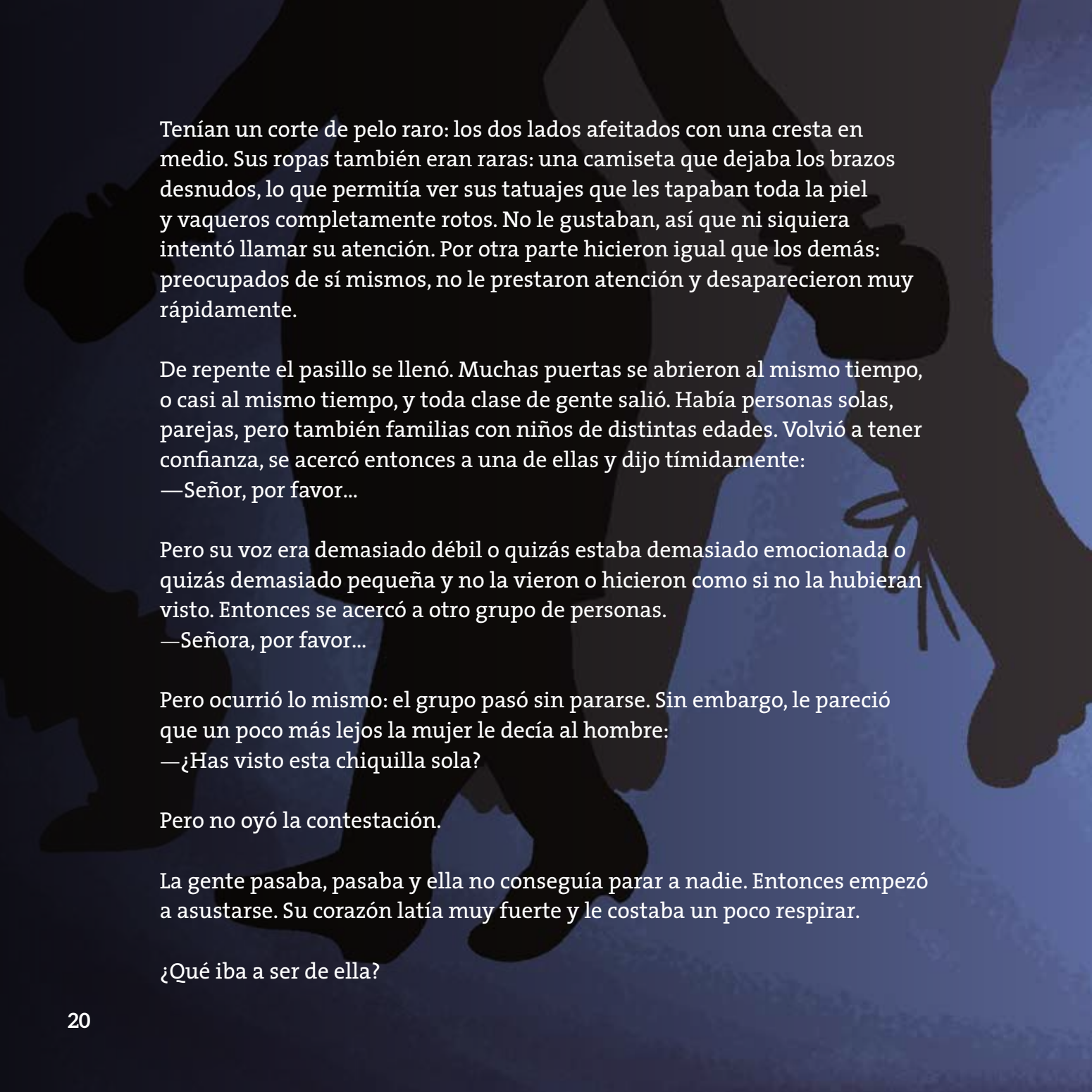
—Espera, vamos a ocuparnos de ti.

La señora mayor no quería tener líos por culpa de esa chiquilla. Por otra parte no tenía tiempo: un taxi la esperaba frente a la puerta del hotel para llevarla al aeropuerto. Pensó que informaría de la presencia de la niña en la recepción y se alejó. Sarah se encontraba de nuevo sola. Lo tenía claro: nadie quería ocuparse de ella realmente.

Sintió miedo.

Ahora tenía un poco de ganas de llorar. Hubiera querido volver a la recepción pero no sabía cómo hacerlo. El ascensor se había ido. Solo quedaba el pasillo, ese pasillo hasta perderse de vista, lleno de puertas que ahora le parecían indiferentes u hostiles. ¿Qué hacer? Estaba perdida.

Entonces otra pareja apareció, desde el otro lado del pasillo. Esta vez se trataba de dos hombres jóvenes que hablaban riéndose.



Tenían un corte de pelo raro: los dos lados afeitados con una cresta en medio. Sus ropas también eran raras: una camiseta que dejaba los brazos desnudos, lo que permitía ver sus tatuajes que les tapaban toda la piel y vaqueros completamente rotos. No le gustaban, así que ni siquiera intentó llamar su atención. Por otra parte hicieron igual que los demás: preocupados de sí mismos, no le prestaron atención y desaparecieron muy rápidamente.

De repente el pasillo se llenó. Muchas puertas se abrieron al mismo tiempo, o casi al mismo tiempo, y toda clase de gente salió. Había personas solas, parejas, pero también familias con niños de distintas edades. Volvió a tener confianza, se acercó entonces a una de ellas y dijo tímidamente:  
—Señor, por favor...

Pero su voz era demasiado débil o quizás estaba demasiado emocionada o quizás demasiado pequeña y no la vieron o hicieron como si no la hubieran visto. Entonces se acercó a otro grupo de personas.  
—Señora, por favor...

Pero ocurrió lo mismo: el grupo pasó sin pararse. Sin embargo, le pareció que un poco más lejos la mujer le decía al hombre:  
—¿Has visto esta chiquilla sola?

Pero no oyó la contestación.

La gente pasaba, pasaba y ella no conseguía parar a nadie. Entonces empezó a asustarse. Su corazón latía muy fuerte y le costaba un poco respirar.

¿Qué iba a ser de ella?





Sin saber qué hacer siguió andando por el pasillo, alejándose más del ascensor que se encontraba ahora lejos, detrás de ella.

Una puerta estaba entreabierta. Se acercó. Era una habitación con dos camas, una mesa y una silla. Una habitación parecida a las que había visto en las casas que conocía. El hombre estaba sentado y la mujer de pie. Ella, que la había visto pasar por delante de la puerta, la llamó:  
—¡Eh, chiquilla, ven aquí!

Sarah, toda feliz porque alguien se interesaba por ella, volvió atrás y se plantó en la entrada de la habitación. Ya se sentía mejor. Miró hacia dentro del cuarto. Se trataba de dos personas de edad media, ni jóvenes ni viejas. Los dos eran gordos y no estaban completamente vestidos.

Ella estaba en bata y él en pijama. La mujer le dijo:  
—Entra, no tengas miedo. ¿Quieres un caramelo?

Sarah dio un paso en la habitación y miró a sus dos habitantes. El hombre y la mujer se miraron. Tenían una sonrisa rara. Entonces la mujer salió en el pasillo y miró rápidamente a cada lado como para asegurarse de que nadie había visto nada. Mientras, el hombre se había tumbado en la cama. Alargó un brazo hacia Sarah diciéndole:  
—¡Ven, vamos a descansar!

Sarah se asustó. Esas dos personas no le gustaban nada. Aprovechando que la mujer gorda se dio la vuelta para entrar en la habitación, Sarah se deslizó entre ella y la pared y huyó por el pasillo. La mujer la llamaba ahora con grandes voces:  
—¡Ven, ven, no te vamos a hacer daño!





Pero Sarah corría a toda prisa porque tenía miedo de que la mujer la alcanzara. Corrió tan rápido que llegó cerca del ascensor y, ¡oh milagro!, la puerta se abrió y vio salir de él dos grandes carritos tirados cada uno por una mujer. Los carritos transportaban un montón de cosas puestas sobre todo tipo de estanterías: sábanas, servilletas, jabón, pequeños frascos de champú... Las dos mujeres, de piel negra ambas, llevaban una bata grande de color rosa.

Eran empleadas del hotel que se encargaban de arreglar las habitaciones.

A fin de que la mujer gorda que la había llamado no la encontrara, Sarah se escondió detrás de uno de los carritos. Su corazón latía fuerte. Una de las empleadas la vio y jugando se escondió también, pero al otro extremo del carrito, de forma que cuando Sarah sacó un poco la cabeza para ver si no la perseguían, la empleada sacó la cabeza por el mismo lado que ella y gritó: —¡Cucú!

Sarah retiró de inmediato su cabeza. Un instante más tarde la sacó otra vez, pero por el otro lado del carrito. La empleada había previsto lo que Sarah iba a hacer y había hecho como ella, de forma que al momento en que Sarah sacó la cabeza volvió a gritar.





Sarah estalló en carcajadas. Entonces la empleada se agachó cerca de ella para estar a su altura y, estando sus caras muy cercanas, le dijo con una gran sonrisa llena de bondad:

—¿Quieres venir conmigo? Vamos a buscar a las personas que se ocupan de ti.

Sarah se quedó completamente emocionada. Aliviada, respondió “sí” tímidamente con la cabeza. Entonces la empleada que se había dirigido a ella le dijo algunas palabras a su colega para que vigilara su carrito. Tomó la manita de Sarah en su gran mano de adulta, le volvió a mostrar una bonita sonrisa y llamó al ascensor.

Algunos segundos después el ascensor llegaba y nuevamente, aunque estaba todavía un poco inquieta, tuvo la deliciosa sensación de encontrarse en un columpio. Llegado abajo, el ascensor se abrió y Sarah escapó a la empleada que había sabido cuidarla tan bien, se precipitó hacia el pequeño grupo donde la mujer que la cuidaba seguía charlando animadamente. Sarah quiso tomarla de la mano, pero la señora retiró la suya muy rápidamente, sorprendida por esta iniciativa inusual.



Los demás niños estaban allí también. Nadie había cambiado de sitio. Nadie se había enterado. Finalmente todo había ocurrido en un tiempo muy corto. Sarah estaba trastornada, pero nadie había reparado en ello.

De nuevo, un gran sentimiento de soledad la invadió.

**FIN**



## Pregunta para debatir

Algunos consideran que Sarah nunca debió haber abandonado a la señora que la cuidaba y tomar el ascensor sola.

¿Qué les parece? Compartan sus opiniones:





**Perdida**

se terminó de editar en noviembre de 2019  
en las oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara,  
José Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara  
44657 Zapopan, Jalisco

Juan Felipe Cobián  
**Cuidado editorial**

Maritzel Alejandra Aguayo  
**Diseño y diagramación**